

una semana de teatro

Por JOSE MONLEON

FOTO ARCHIVO

Un «test» apasionante

La ley de protección al teatro exige la programación de un clásico español y la de un autor del XIX o de los primeros cuarenta años del XX. Creo que esta exigencia va a poner en pie un interesante «test» entre los empresarios de compañía y va a evidenciar una serie de extremos de gran valor crítico.

En efecto, encontrar autores de nuestro XVIII, obras de entonces que puedan interesar a nuestro público contemporáneo, es relativamente sencillo. Lo que ya no está tan claro es que títulos románticos o de los cuatro primeros decenios del XX puedan hoy sufrir el enfrentamiento con el público.

Pienso que la nueva exigencia legal va a demostrar una serie de cosas que algunos cronistas de la historia teatral se han empeñado celosamente en ocultar. O, en otros casos, en ignorar. Si los Quintero, los Martínez Sierra, los Muñoz Seca, o los Marquina, fueran la mitad de lo que se lee en tantas monografías, el problema no existiría. Existen, según tales criterios, montañas de obras cuya exhumación promete días gloriosos para la escena española.

Sin embargo... la verdad es que esto no va a ser así. Uno recuerda, puestos a no escapar de las experiencias prácticas, las recientes reposiciones de «El genio alegre», de los Quintero, y de «En Flandes se ha puesto el sol», de Marquina. Y, como ejemplo de éxito, «Divinas palabras», del tantas veces tildado tontamente como antiteatral Valle Inclán.

Es curioso pensar que las nuevas normas de protección pueden ser, ante todo, oportunidad para revisar el teatro del 98 y revalorizar piezas como la «Fedra» o «Soledad», de Unamuno, o la trilogía de lo invisible, de Azorín; además, claro, de gran parte del formidable teatro de Valle.

También Benavente, desligado de las circunstancias en que produjo su teatro menos convencional, va a resultar muy afectado por esta mirada hacia atrás, de la que, entre los autores que triunfaron en la preguerra, quizá solo se salven algunas obras de García Lorca, Casona, Arribas y Jardiel.

Vamos a ver qué pasa. Algunas compañías han anunciado ya sus títulos, respondiendo a ese «test» involuntariamente organizado por la legislación española. ¿Entrará la revisión dentro de una dudosa arqueología paternalista? ¿Qué hará el público? ¿Qué autores se impondrán? Estoy seguro de que, en definitiva,

todos saldremos ganando con una exhumación que ayudará a poner a los autores en su sitio.

Convocatoria del Lope de Vega

Se ha convocado el más importante premio teatral español. Ya saben, el premio que lanzó a Casona y a Buero Vallejo.

Con arreglo a sus bases, se establece un premio único e indivisible de 100.000 pesetas, el cual podrá declararse desierto. La obra premiada, con permiso de la autoridad, se estrenará en el Español en la fecha que la dirección del mismo estime oportuno, siempre dentro de la temporada 62-63.

El plazo de admisión de las obras concluirá el 29 de septiembre, y los originales deberán remitirse a la Sección de Cultura del Ayuntamiento de Madrid, donde podrán solicitarse toda clase de aclaraciones con respecto a los diversos extremos del concurso.

¿Hará falta añadir que celebraremos que el Español se sacase la espina de este año y del anterior?

«La camisa», 200 representaciones

Desde la noche en que Dido presentó «La camisa» hasta hoy, la obra de Lauro Olmo ha cubierto un duro y largo camino. Ha merecido muchos elogios, algunos inicialmente imprevisibles, y también ataques violentos, no siempre precedentes, de donde uno esperaba.

Por encima de todo ello «La camisa» ha tenido el gran valor de agitar un panorama teatral a menudo en régimen de placidez. Ha arrancado los aplausos más fuertes, las entregas del público más incondicionales que ha conseguido un autor español durante los últimos años. Esto ha sucedido, es verdad, solo en Madrid. Pero tal como desgraciadamente se ha centralizado nuestra vida teatral, doscientas representaciones en Madrid tienen un valor definitorio y una jerarquización de su autor que nos parece incuestionable, a pesar de que la pieza naufragara en el clima nada propicio de un teatro barcelonés y a pesar de que todavía no conoce la experiencia de andar por los teatros de provincias. Me atrevo a pensar que «La camisa» se reestrenará un día en Barcelona y que conocerá las reacciones y las críticas de muchos públicos españoles.

A Lauro Olmo, un hombre estudiado, un luchador incansable, quite-



«Divinas palabras», de Valle-Inclán, representa un tipo de teatro anterior al 40, que es el que hoy más interesa. En contra de ciertos pronósticos, esta obra sobrepasó las 100 representaciones, cifra que habla con elocuencia de su éxito

lo felicitarle por esas doscientas de «La camisa». Un récord entre las cosas buenas del teatro madrileño.

Ibsen y Dolores del Río

Hay una compleja serie de razones para explicar el que un teatro tan considerable como el de Ibsen rara vez haya conocido en España el éxito. Prat Gay se lo jugó todo a «Carta de muñecas», con decorados de Leonor Fini y un buen grupo de actores, y no ha vuelto a dirigir. Y no es que fuera aquella una buena versión de la obra de Ibsen, pero evidentemente aportaba una serie de elementos para paliar el fracaso. Y no lo paliaron. El público escuchó con una enorme frialdad y recuerdo todavía que al salir del teatro, Ame-

lia de la Torre me dijo: «No hay nada que hacer. A los españoles no les gusta Ibsen.»

Ahora se anuncia la presentación de Dolores del Río con «Espectros». Leo que la ha hecho muchas veces en Méjico y que constituye uno de sus mayores triunfos.

¿Qué ocurrirá aquí?

Parece ser que Justo Alonso le propuso hacer con Arturo Fernández «Dulces pájaros de juventud». Y que Dolores del Río ha preferido la mexicana obra de Ibsen.

De confirmarse todo esto, el teatro de Ibsen se encontraría en una circunstancia singularmente óptima para el éxito. Porque, en definitiva, el que una actriz como Dolores del Río empareje su suerte a la de «Espectros» es en un orden comercial una contingencia que quizá permita, ¡al fin!, que un drama de Ibsen conozca el éxito en España.